

Identidad y reconocimiento de la comunidad de investigación en comunicación de AMIC en el contexto internacional

Aimée Vega Montiel¹

La investigación en comunicación

Con la intención de trazar perspectivas en torno a la investigación latinoamericana de cara al siglo XXI, a finales de los años 90 Raúl Fuentes Navarro revisaba la ponencia que Luis Ramiro Beltrán presentó en 1974, en Leipzig, en la que hacía una lectura de la investigación en nuestra región. En ella, Beltrán señalaba:

...es obvio que la investigación de la comunicación en América Latina ha seguido las orientaciones conceptuales y metodológicas establecidas por los investigadores en Europa y los Estados Unidos. El efecto de esto, en

¹ Doctora en Periodismo y Ciencias de la Comunicación por la Universidad Autónoma de Barcelona. Investigadora titular B del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) de la UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt, nivel I. aimeevegamx@yahoo.com.mx

esencia, ha significado que algunos estudios han enfatizado la comprensión conceptual por encima de la producción de evidencias empíricas, mientras que otros estudios han hecho exactamente lo contrario.

Beltrán identificaba tres raíces de las escuelas europea y norteamericana, con fuerte influencia en la investigación latinoamericana. La proveniente de la europea clásica, asociada a los estudios de periodismo y legislación de medios; la norteamericana, de carácter positivista, sistemática y funcionalista; y la europea moderna, identificada con la semiótica. Estas corrientes hacían que en términos metodológicos, la investigación en nuestra región fuera principalmente descriptiva, aunque también explicativa y, aunque menos, predictiva.

Un elemento que identificaba a la investigación en comunicación, en América Latina y el mundo simpatizante con la izquierda, era su compromiso social, es decir, su capacidad de hacer una investigación comprometida con el desarrollo democrático de los sistemas de comunicación.

De ahí la razón de ser de la Asociación Internacional de Estudios en Comunicación Social (AIECS, IAMCR por sus siglas en inglés), la organización mundial de profesionales en el campo de la investigación sobre medios y comunicación, que surge en 1957 a instancias de la UNESCO y como modo de respuesta, por parte de la academia que simpatizaba con los principios éticos del compromiso social, a la investigación administrativa que estaba al servicio del poder. Esa es también la razón de existencia de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC), creada hace tres décadas por Fátima Fernández, Raúl Trejo y Beatriz Solís, que desde el principio tuvo claro que la responsabilidad política era un tema que la comunidad académica no podía eludir.

Sin embargo, a finales de los años 90, 25 años más tarde de la lectura de Luis Ramiro Beltrán, Raúl Fuentes Navarro observaba, con pesimismo, el

desdibujamiento de los supuestos teórico-metodológicos, epistemológicos e ideológicos que habían identificado la investigación en comunicación. Ello era evidente, de acuerdo con Raúl Fuentes, en el desarrollo de temáticas asociadas a las nuevas tecnologías, la globalización y las identidades microsociales que, dejando los análisis vacíos de densidad ideológica, no hacían sino reproducir las tendencias dominantes, abandonando la denuncia de los mecanismos de poder presentes en los procesos comunicativos.

Han pasado 15 años de la crítica de Raúl Fuentes, y me pregunto con la oportunidad que me representa este ensayo: ¿Qué sucede hoy en día?, ¿ha mejorado el rumbo de la investigación latinoamericana y nacional en el contexto más amplio de la investigación en comunicación? Me atrevo a afirmar que no: el diálogo e intercambio con los colegas del Norte no es en términos de igualdad, sino de jerarquía.

Pienso que la lectura de Fuentes Navarro de los años 90 sigue vigente. Nuestra región no participa activamente en la definición de las agendas globales de investigación en comunicación. Tampoco en el diseño de los modelos y sistemas que son utilizados para medir y evaluar la producción académica. Aun y cuando existen metodologías e instrumentos específicos, operando a nivel local y regional, la producción académica de la comunidad de investigadores de nuestra región está sujeta a las reglas definidas en otras latitudes del mundo -en latitudes en las cuales existen diferentes problemas sociales y diferentes condiciones para hacer investigación-.

Los efectos de esta dinámica son evidentes en al menos dos escenarios: en la construcción de los objetos de estudio y en la influencia en las agendas de investigación.

En esta lógica -la lógica del mercado- que tiende a legitimar unas cuantas teorías, métodos y problemas, la competitividad sobre la cooperación se

convierte en la regla de nuestra producción y organización.

En este marco, deseo exponer a continuación los que considero constituyen los problemas estructurales.

Los problemas estructurales

Recientemente apuntábamos que existe una estructura inequitativa de producción y circulación del conocimiento en el sistema científico internacional, lo que es efecto de varios procesos, externos e internos a nuestro campo (Vega, 2014).

Los externos tienen relación con dos factores. El primero, con la influencia del capitalismo neoliberal en los criterios para calificar el conocimiento científico.

El segundo, con el dominio de las ciencias naturales en la definición de reglas para evaluar la producción académica en todos los campos, incluidos los de las ciencias sociales. La idea de un investigador en su laboratorio, publicando un artículo y siendo multi-citado, se ha convertido en un patrón universal para definir la calidad del trabajo académico. Este sistema erosiona el valor y las posibilidades de los libros -colectivos e individuales- y de otras formas de difusión del conocimiento.

Los internos están relacionados con el dominio que ejercen los poderosos de las ciencias sociales (Estados Unidos y Europa del Norte) sobre regiones del sur, como la latinoamericana. La socióloga argentina Fernanda Beigel (2010) denomina a este fenómeno como “dependencia académica”.

De acuerdo con lo que señalábamos, algunas de las expresiones de esta relación de poder se refieren a la existencia de un sistema editorial que ha establecido estándares universales de publicación y que define la calidad

en términos de lo que es bueno en el mundo anglosajón. Este sistema va más allá de establecer reglas básicas para “artículos de calidad”. Dado que el inglés es la única lengua reconocida como válida para publicar, de acuerdo con este sistema, para los investigadores no anglosajones esta exigencia afecta su propia identidad y sus procesos creativos, lo que en palabras de Frau-Meigs (2009), “nos convierte en investigadores empresarios (publicar o perecer), en lugar de creativos e innovadores” Un efecto central de esta condición, es que el conocimiento producido en lenguas distintas al inglés tiene “un impacto reducido y pobre en la circulación internacional, así como un nivel bajo en el jerárquico sistema académico” (Beigel, 2010). Un ejemplo de ello es la existencia del Social Science Citation Index, una base de datos que sólo incluye artículos científicos escritos en inglés y que coloca a las revistas estadounidenses como las revistas de mayor impacto a nivel global.

Ligado a este efecto, se encuentra la manipulación que las editoriales llevan a cabo para tener reconocimiento científico, editoriales localizadas en países del norte. Puesto que el sistema de indexación fue construido sobre la base de la mercantilización del mundo académico, la mayoría de las revistas de punta en cada campo de conocimiento están vinculadas a las “grandes editoriales y empresas de divulgación científica que operan detrás de ISI, el Índice Ulrich o la base SCOPUS” (Beigel, 2013, p. 119).

De acuerdo con Beigel (2013), un estudio de las revistas en ciencias sociales en Nigeria demuestra que la exigencia académica de publicar en revistas indexadas, ha dejado a las revistas nacionales en el abandono y ha generado “una aceptación acrítica de la calidad de las revistas publicadas en los países centrales” (p. 119).

Otra implicación de este dominio, es la transformación en los sistemas de evaluación institucional, hoy principalmente influenciados por entidades

distintas a las universidades. Dado que a partir de los años sesenta, agencias públicas y fundaciones privadas, como son la Ford y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, empezaron a competir por influenciar ideológica y culturalmente en América Latina y otras regiones del sur, los gobiernos de nuestra región permitieron que estas instituciones definieran criterios para evaluar la producción académica.

Las agendas de investigación

El otro eje de mi análisis es el de la definición de las agendas de investigación. Los académicos cotidianamente enfrentamos los efectos de la crisis económica pues, aunque ahora están institucionalizadas, cada vez contamos con menos fuentes de financiamiento para investigar. Pero no sólo eso. El mayor desafío es muchas veces tener que preparar proyectos *ad hoc* a temas que, promovidos por entidades financiadoras, poco tienen que ver con nuestros temas de investigación.

¿Y quién define estas agendas? Entidades globales, y su efecto es pernicioso, pues ello afecta directamente nuestros objetos de estudio, teorías y métodos.

A nivel estructural, el efecto es también mayor, pues existen muchos problemas en regiones como la nuestra que, al no calificar como prioridad en dichas agendas, se mantienen invisibles y, lo que es peor, sin solución.

En el centro de estos dos ejes -las políticas de evaluación científica y las agendas de investigación- se halla la dominación del inglés en el sistema

académico internacional, que limita las posibilidades de difusión del conocimiento producido en otras lenguas. A este tema le dedicaré una parte de mi análisis (Vega, 2014).

La predominancia del inglés

El antropólogo brasileño Renato Ortiz (2009) señala en *La supremacía del inglés en las ciencias sociales* que “la globalización se conjuga en inglés”.

En el escenario científico, ello ha promovido una paradoja, pues por un lado, es importante el valor y las utilidades prácticas del inglés en la realización de nuestro trabajo, al ser la lengua franca que nos permite, a quienes no somos anglosajones, comunicarnos con los otros: con los investigadores europeos y estadounidenses, pero también con los asiáticos, con los árabes y con los franceses, y ponernos de acuerdo para contribuir a mejorar las condiciones de vida de las sociedades (Ortiz, 2009).

Pero por otro lado, la predominancia lingüística del inglés, lejos de contribuir al sentido colectivo de nuestro trabajo, lo segmenta, al jerarquizarlo. Estos efectos se expresan en el nivel de los esquemas de pensamiento y de acción. En este sentido, podemos hablar de al menos una gran implicación: la influencia de las comunidades científicas anglosajonas en la construcción del objeto de estudio -por ejemplo, en las definiciones teóricas y metodológicas para investigar-. Cuando traducimos al inglés, siguiendo a Frau-Meigs (2009), la esencia de una idea se pierde, la traducción genera que se pierdan los conceptos. De acuerdo con esta académica:

El ejemplo de los conceptos está directamente relacionado con la identidad y por ello con los derechos individuales de la persona, sobre

todo la dignidad. Esto es particularmente problemático en el caso del estilo, que es aún más molesto que las ideas. La mayor parte de nosotros como investigadores nos pasamos la vida entera perfeccionando nuestras frases, afinando un párrafo durante horas y días, añadiendo un matiz hasta que por fin caiga bien en el sentido y el oído. Los más famosos de nosotros lo son porque han encontrado el balance idóneo entre ideas y estilo. Y esto puede desaparecer completamente en la traducción, pues los traductores tienden a disipar la ambigüedad del autor y clarificar nociones de modo que los lectores no piensen que la traducción es defectuosa. (Frau-Meigs, 2009)

Por lo que aquí ha sido explicado, sabemos que publicar y ser citados en inglés son valores altamente cotizados, lo cual en algunas ocasiones va en detrimento de las ideas. Recuerdo la triste confesión que hacía un investigador europeo en la Conferencia de ECREA de 2008, en Barcelona, cuando señalaba que su interés por trabajar con investigadores y universidades de América Latina había ido en detrimento de su productividad, pues publicar en español no es considerado en los sistemas de evaluación de su país.

De esta manera, la utilidad del inglés en el contexto de la globalización es un hecho indiscutible, puesto que es una herramienta útil para comunicarse, pero ello también ha generado una jerarquía entre idiomas y, citando a Ortiz (2009), la consecuente segregación intelectual que traza desigualdades entre nosotros.

El riesgo lo hemos vivido históricamente, y es el de la amenaza permanente a que se instaure un modelo hegemónico de representaciones del mundo que legitiman teorías, métodos y problemáticas. Este modelo es ampliamente conocido: el del mercado. En este contexto, los científicos del mundo no escapamos al dominio del mercado, que es el que organiza a la sociedad y a nosotros como parte de ella en nuestras lógicas de producción y participación.

Así, las exigencias de competitividad que prevalecen sobre las de cooperación, se han trasladado al campo científico, y por ello la amenaza de erosionar una acción científica colectiva es latente (Vega, 2014).

¿Y dónde queda nuestra responsabilidad?

Mi perspectiva sobre este problema no es la de victimización, pues si bien reconozco la existencia de estructuras externas a los investigadores de nuestra región que impulsan una cultura de la desigualdad, también observo que hemos abonado en la persistencia de este esquema de relaciones.

Es un malestar generalizado que los investigadores latinoamericanos no participemos en los foros globales en los que se discuten y deciden temas como los que aquí he descrito. Y si lo hacen -lo cual no deja de ser meritorio-, lo hacen a título individual y no como parte de una acción colectiva,² lo cual es en buena medida responsabilidad de nuestras asociaciones. Tal es el caso de la más reciente reunión de la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información, en donde participaron más de 200 expertos en el tema -la mayoría de ellos representando a los grandes consorcios del sector-, de los cuales no más de cinco eran investigadores de nuestra región.

Sabemos que esto pasa también a nivel local. En nuestros países se están discutiendo las reformas a las leyes de comunicaciones y se están definiendo las políticas del sector. En estos debates, la gran ausente suele ser la comunidad académica. ¿Por qué, si somos nosotros quienes nos pasamos años en nuestros cubículos construyendo evidencia empírica de los temas que ahí se discuten? ¿Será porque, sin quererlo, somos ya parte de ese sistema de competitividad que prevalece sobre el de cooperación y que

² En la IAMCR ha habido en los últimos años una participación notable de investigadores mexicanos, algunos de los cuales hoy encabezan secciones y/o grupos de trabajo y participan en procesos de toma de decisión, a través del Consejo Internacional y otros órganos de la asociación.

ha erosionado una acción científica colectiva?

Por otro lado, y por lo que toca a las comunidades académicas, frecuentemente criticamos lo que NO hacen las asociaciones internacionales para promover la participación de investigadores de nuestra región, pero ¿es tan evidente y efectiva nuestra incidencia en ellas? Recientemente, revisé el padrón de miembros de la IAMCR que habían cubierto su cuota anual. Me encontré con que sólo 86 investigadores de toda Iberoamérica se encontraban registrados. Y había sólo 10 miembros institucionales de nuestra región, todas universidades y ninguna asociación.

A la vista de lo expuesto, entiendo que nosotros formamos parte de la solución, por lo que a continuación comparto con ustedes algunas propuestas.

Trazando soluciones: la organización al interior

Ante esta crisis, en 2005, como presidenta de la AMIC, con el Comité Ejecutivo nos dimos a la tarea de organizar la asociación por líneas de investigación. Esta tarea se vio motivada por dos circunstancias. La primera, por la exigencia pública a la Asociación de participar en los debates sobre la reforma de telecomunicaciones y radiodifusión. ¿Cómo íbamos a ir al Senado de la República, a dar un posicionamiento, si ni siquiera estábamos organizados?

En segundo lugar, por la exigencia de dialogar con comunidades de otros países y por la creciente exigencia a los académicos, por parte de sus instituciones y universidades, de desarrollar labores de investigación (asistencia a congresos, publicación en revistas y volúmenes especializados,

membresía en asociaciones, participación en labores de dictaminación, entre otras). Asimismo, por la apertura de programas de posgrado en las universidades del país, que cada vez suma nuevos investigadores a la comunidad.

Ello nos llevó a responder a las circunstancias mediante propuestas que propiciaran la articulación del trabajo académico de manera organizada y colectiva y que, con el ánimo de democratizar las investigaciones desarrolladas en las universidades del país, pudieran contribuir a la producción científica del campo de la comunicación y a generar insumos para operar en colectivo. Y es esa la razón que nos llevó a realizar una propuesta que consideramos toral para el fortalecimiento y consolidación de la AMIC a nivel nacional e internacional: los Grupos de Investigación.

El propósito de los Grupos de investigación, fue reunir a investigadoras e investigadores alrededor de ejes temáticos, en los que tuvieran la oportunidad de debatir e intercambiar objetos de estudio y claves teórico-metodológicas, y para los cuales la AMIC pudiera servir como apoyo en la articulación, promoción y difusión de los trabajos. En concreto, se esperaba lograr con los grupos:

- a. Un diálogo fructífero entre colegas del país, la región y el mundo que desarrollaran líneas de investigación semejantes,
- b. Realizar un trabajo conjunto, autónomo y continuado, que fuera más allá del Encuentro anual AMIC, y que nos permitiera reunirnos a través de investigaciones, foros, coloquios y seminarios, entre quienes integramos la asociación y con colegas de otras organizaciones nacionales e internacionales, y
- c. Generar productos por grupos de investigación que

permitieran documentar y al mismo tiempo visibilizar el trabajo de nuestra comunidad (Vega, 2009).

De esta manera, para llevar a cabo una primera constitución de los grupos, emprendimos las siguientes acciones, comenzando por realizar un diagnóstico de los ejes temáticos, a partir de las líneas de investigación que reportaban los socios. Para ello, fue necesario:

- a) Fijar los antecedentes que nos permitieran establecer el estado de la AMIC por número de socios, instituciones de adscripción y otras variables útiles.
- b) Identificar ejes temáticos. La siguiente acción consistió en conocer las líneas de investigación que reportaban los socios. Un registro inicial nos señalaba un total de 247 líneas. Un elemento importante para agrupar esas 247 líneas, fue tomar como espejo la clasificación de asociaciones internacionales como la IAMCR y la ICA, así como la latinoamericana (ALAIC), con el propósito de identificar las líneas de investigación comunes y las diferentes, y al final proponer una tipología que reflejara la investigación en comunicación de México. Con esta acción, que denominamos espejo, buscábamos además impulsar un diálogo entre colegas de la región y del mundo que desarrollan líneas de investigación comunes, y contribuir a la consolidación de la investigación en nuestra región.
- c) Discutir y definir ejes temáticos. Estos ejercicios nos permitieron hacer una propuesta que incluyó 16 ejes temáticos, los que hoy constituyen los Grupos de Investigación. Estos son:
 1. Nuevas Tecnologías, Internet y Sociedad de la Información
 2. Comunicación Política y Opinión pública
 3. Economía Política de la Comunicación

4. Estudios de Recepción
5. Estudios de Periodismo
6. Comunicación y Educación
7. Discurso, Semiótica y Estudios del Lenguaje
8. Comunicación Organizacional, Publicidad y Relaciones públicas
9. Historia de la Comunicación
10. Teorías y Metodologías de Investigación de la Comunicación
11. Comunicación Intercultural
12. Género y Comunicación
13. Sociedad civil, Participación y Comunicación
14. Políticas Públicas para la Comunicación y el Desarrollo
15. Estudios de Medios: Cine, Radio y Televisión
16. Estudios sobre Juventud y Comunicación

Una tarea clave en la conformación de los Grupos consistió en designar a los responsables de coordinarlos. En este sentido, procuramos que la coordinación de cada grupo estuviera a cargo de dos investigadores: uno decano y uno novel, con la intención de que ambas formas de trabajo, perspectivas respecto a la línea de investigación y conocimiento del desarrollo teórico y metodológico de la misma pudieran complementarse para contribuir con propuestas en el funcionamiento del Grupo.

- d) El libro. Con el propósito de hacer un trabajo más fino, en 2006 cada par de coordinadores se dio a la tarea de realizar el diagnóstico (o estado del arte) de cada línea, con la finalidad de dar cuenta sobre qué investigamos en el país, quiénes y desde qué perspectivas. Este libro, que ya va en su segunda edición, se ha convertido en un

material de referencia para que estudiantes y académicos conozcan:

- 1) el desarrollo histórico del campo mexicano de la comunicación y
- 2) las perspectivas teóricas y metodologías vigentes para el análisis de los procesos comunicativos.

A nueve años de su creación, los Grupos de Investigación han mostrado su pertinencia académica y política. Hoy somos una comunidad más organizada y con capacidad de respuesta concertada ante emergencias nacionales. La interrogante que continúa pendiente de respuesta es: ¿Cómo articularnos con la comunidad internacional?

La vinculación con la comunidad internacional

En este punto, considero que es necesario volver la mirada a la IAMCR como la entidad a través de la cual México y América Latina pueden influir en los dos grandes ejes que he planteado: el académico y el político.

Este es un momento muy favorable para hacerlo, pues mirando al problema de la desigualdad entre regiones, el comité ejecutivo de la asociación que preside Janet Wasko ha iniciado una campaña de afiliación *-membership campaign-* que tiene como principal objetivo favorecer la participación de investigadores y estudiantes de posgrado de todas las regiones, y de las asociaciones que los representan.

En este contexto, mis propuestas incluyen:

- a) Impulsar la representación de la AMIC y las asociaciones de nuestra región en los órganos de consulta de la IAMCR ante organizaciones como UNESCO, con el fin de influir en la definición de las agendas de investigación, y ante editores, con el objetivo de promover la publicación de investigación en otras lenguas distintas al inglés, de probada calidad.

- b) En el mismo sentido, considero que debemos impulsar a través de la IAMCR una representación que permita influir en la definición de políticas de producción científica –en órganos como la OCDE-. Este es un problema que experimentamos investigadores de todo el mundo, por lo que seguramente encontrará eco en la comunidad internacional.
- c) Buscar el respaldo de la IAMCR para impulsar actividades de investigación a nivel regional, en las que AMIC tenga un rol clave, dada su probada consistencia con los Grupos de Investigación. En este punto, considero que AMIC podría encabezar la organización de redes de investigación que estimulen la producción colectiva de conocimiento, con visibilidad en el sistema científico internacional.
- d) Co-editar con IAMCR diagnósticos regionales sobre los temas de la agenda latinoamericana, convocando la participación de editoriales de nuestra región.
- e) En el marco de la conferencia anual de la IAMCR, consideremos si estamos en posibilidad de “patrocinar”, por vía directa o a través del financiamiento de entidades regionales, la traducción simultánea al español de las mesas plenarias.
- f) Impulsar la participación activa de investigadores y estudiantes de posgrado en la IAMCR y, en particular en el marco de la conferencia anual, promover que apoyen en la traducción simultánea de las ponencias que son presentadas en las sesiones de los grupos de investigación.

Pienso que como comunidad científica, los investigadores en Comunicación destinamos nuestro trabajo a la lucha por la democratización de los sistemas de comunicación, pugnando por su diversidad política y cultural. Considero esencial que como principio impulsemos dicha

pluralidad al interior de nuestra asociación, por lo cual celebro la realización de este libro.

Bibliografía

- Beigel, F. (2013). Centros y periferias en la circulación internacional del conocimiento. *Nueva Sociedad*, (245), 110-123.
- _____. (2010). *Presentation: The challenge of constructing autonomous social sciences in the South*. II Workshop on Academic Dependence. Mendoza, Argentina.
- Frau-Meigs, D. (2009). *Languages, research and human rights*. Ponencia presentada en la Conferencia 2009 de la IAMCR.
- Fuentes, R. (1997). Academic communication research in Mexico: notes for a reflexive balance sheet. *Mexican Journal of Communication*, (3), 59-78.
- Ortiz, R. (2009). *La supremacía del inglés en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vega, A. (2014). For the Democracy of the Systems of Evaluating Academic Production: convergences of Latin-American & European Scholars. *Journal of Latin American Communication Research*, 4(1), 78-83.
- _____. (Coord.) (2009). *La Comunicación en México: una agenda de investigación*. México: AMIC/CEIICH UNAM/PCPYS UNAM/UJAT/UABC.